

Libro de familia

Félix Grande

EL DESTERRADO DEL ESPASA

Vengo a pedirle a usted la mano de su hija.
Permítame que me presente: Tengo
setenta y tres años cumplidos. Mi padre
defendió a tiros la República.
Tras la derrota tuvo suerte:
no le dieron garrote vil.
De los ocho hijos que engendró
en el vientre de nuestra madre
vivimos cinco, todos varones. Todos cinco
queremos mucho, don Lorenzo, a Paquita, la hija de usted.
Y yo además la necesito: para durar,
para iluminar mi escalera,
para morir sin odio. Sé que usted me comprende.
Vengo a pedirle la mano de su hija.
La vida sigue, don Lorenzo. A Paquita y a mí
nos nació Guadalupe. Espere. Traigo en mi billetera
una fotografía de su nieta de usted... Aquí está.
¿Verdad que es preciosa, diosmío?
Y es aún mayor la belleza de su conciencia.
Deduzco que ha heredado ese ardimiento,
ese don de vivir en justicia,
esa tonalidad, ese gen suntuoso,
en la conducta de sus dos abuelos:
como si en el mantel de las neuronas de mi hija
usted y mi padre jugasen interminablemente,
desde hace siglos, una partida de ajedrez
en la que los peones comen a dos carrillos,
beben vino, regüeldan, leen buenos libros,
duermen en paz, madrugan, trabajan sonriendo...

Mire a su nieta Guadalupe: la vida sigue:
no pudieron con usted, don Lorenzo.
En la cárcel de Porlier, en el año 1942
le pusieron a usted la muerte sobre la garganta.
Le dieron vueltas a una manivela.
Lo asesinaron: y no pudieron con usted.
Téngalo por seguro: no pudieron.
Vengo a pedirle a usted la mano de su hija.
...Le cuento: aquella niña con un ramo de flores
arrodillada y aterrada
ante la hija del general Franco...
[fue inútil: no quisieron conmutarle a su padre
la pena de muerte, una pena inmortal,
por años de prisión, los que fueran... Contemplo
a su hija, don Lorenzo, arrodillando
sus doce años menos ciento tres días.
Susy y Margara no se atreven a jadear.
Y mi mujer le entrega aquel ramo de flores
a Carmencita Franco, por su onomástica...
Por cierto, don Lorenzo: ¿A cuento de qué lo ejecutaron?
¿Exterminaban en el pintor Lorenzo Aguirre
a la Institución Libre de Enseñanza, a la República,
a las pajaritas de papel que Miguel de Unamuno
le enseñó a usted a manufacturar
con las uñas pulgares y con un alfiler?
¿A cuento de qué lo mataron a usted, a tres años
de acabada la guerra? ¿Qué ganaron con ese crimen?
¿Qué disfrute obtuvieron con toda una familia de dolor?
¿Y a qué venía la orden de retirar su nombre del Espasa?]
...Como le iba diciendo, aquella niña arrodillada
he aquí que hoy está al borde de sus ochenta años.
¡Lo que es el tiempo, qué resistente, qué robusto,
con él no pueden ni el horror ni el crimen!
¡Y qué tristeza siente en su alma el tiempo
cuando por fuerza no lo puede todo!
Me refiero, don Lorenzo, a que Francisca Aguirre
no logró nunca hacer el duelo. Sépalo: nunca.
Al tres por dos usted regresa y llena su memoria

de angustia infancia espanto y lágrimas de oro:
fíjese: incluso en esas ocasiones
también le sale afuera la luz del corazón.
Lo que quiero decir es que esa niña de rodillas,
como sin darse cuenta, sin un ruido,
de forma muy misteriosamente natural
(¡y desde hace ya más de medio siglo, se dice pronto!)
se esfuerza en enseñarme, a base de paciencia,
la asignatura de la serenidad.
¡Qué le parece, don Lorenzo! ¿Comprende usted
por qué he venido viejo al pie de su cadalso,
por qué provengo desde dos mil diez
al seis de octubre del cuarenta y dos
pian pianito, pasito a paso cerca de la noche?
... Va a amanecer, Lorenzo. Te van a ejecutar.
Menos mal que he llegado a tiempo.
He venido a traerte el medio siglo de viudez
y de coraje maternal que ejerció tu mujer
antes de irse contigo cansadita, orgullosa.
He venido a traerte en caudal a dos manos
abrazos testarudos de las tres niñas de tus ojos.
He venido a traerte en mi bandeja genealógica
saludos de mi padre desde bajo su tumba.
He venido a traerte, firmada y rubricada,
la certidumbre nuestra sobre tu dignidad.
Y he venido a traerte aquesta pajarita de papel
para que en ella vuele la memoria de ti
por los biznietos de los nietos
hasta que sobre el aire quede escrito tu nombre:
«¡aguirreaguirreaguirreee...!»
Así, trino y Lorenzo a lo largo de España.
... Ya amanece, Lorenzo, amigo mío.
Ya vienen. Te tocan en el brazo. Caminas.
Te sientas. Le sonrías con piedad al verdugo.
Soy un viejo. Dos ojos. Un grito. Una memoria.
He venido a pedirte la mano de tu hija.

YEROS

Lejana y blanca casa.
Plectro de mi niñez. Sol sostenido.
Arpillera de luz. ...Y hoy residencia veraniega
de los nietos de mis hermanos: ¡Salve!
...Mamá cosiendo prendas moribundas,
como ordenando: «¡Resucita, oh blusa!
¡Oh calcetín, *vuelve a la vida!*»
: Y la chaqueta estrecha de Juliete
sería un primor sobre los hombros
de Ignacio, y en el invierno venidero
cobijaría a José Luis, y finalmente
vuelta tras vuelta abrigaría a Manolo...
¿La veis, hermanos, columbráis la escena:
la madre nuestra zurce que te zurce?

¿También fuimos felices?

¿A qué sabía el pan? Hermanos, compañeros
de sangre y tiempo: os insto a contemplar
y a reconsiderar aquel misterio:
¿a qué sabía el pan poco? ...¿Y si algún pantalón
sirvió para los cinco: diez cojoncillos
creciendo dos a dos en la bragueta familiar,
a una cuarta de entrambas rodillas desconchadas?
... Y papá con su guita y con su lezna,
muy de domingo, *en la mañana pajarina*,
remendándonos los zapatos:
torciendo el cuello a la puta posguerra.
¿Lo recordáis, hermanos, andariegos
del yero al nieto, del tirante a la cana,
del cinco al cinco todopoderoso?

Padre, antes de morir, pudoroso de orgullo,
díjome: «No llores, hijo: es ley de vida.
Ahora te corresponde cuidar de la familia.
Y mira: me despido con la satisfacción

de lo bien que os lleváis todos mis hijos:
ésa es la deuda que teníais conmigo y con mamá:
la habéis saldado... ¡A cuento de qué hostias
voy a tener miedo a la muerte!»
Esto me dijo, hermanos, en el Hospital Clínico:
¿a qué sabía, pues, el pan en la calle de Asia?
¡Salve, memoria!

Lejana y blanca casa de mi infancia.
Diecisiete cabras rumiando, luminosas
bajo el silencio de los veinte watios. El macho
(hijo de la Leona y padre de sus chotas,
Edipo omnipotente) viene por la penumbra
majestuoso, y se apiada de mí
al ver qué pocos yeros me quedan en las manos...

¿Pocos yeros? ¿Es esto pocos yeros,
toda esta recua de sobrinos de todos los tamaños?
¿Pocos yeros? ¡No sabes lo que dices,
macho mamón! ¡Vuelve a tu podium
izado sobre la eternidad! ¿Quién dice pocos yeros,
qué analfacuentas desatina
ante tan manifiesto diploma a la abundancia?
: La Paca, Guadalupe, mis hermanos,
mis cuñadas, mi gente, mis maestros, mis amigos,
mi Hispanoamérica, mi Kafka,
mi idioma sacrosanto, mis artistas flamencos,
mis consuelos de músicas *juntas como una lágrima*,
mi monedero de felicidad, mis céntimos de honor,
mi vejez suntuosa... ¿Pocos yeros?
¡Si ya no sé ni a quién agradecer la vida!
¡Gloria a esta multitud! ¡Salve, planeta!
... Esta mañana miré absorto los ojos de mi hija:
sonreían como dos ascuas oceánicas: eran
los dos yeros más irrompibles de toda la cosecha.
¡Yeros y yeros sobre yeros, salve!

Lejana y blanca casa, hermanos... La algarroba,
la arveja, el yero, la aguja y el dedal

y la lezna y la guita, los cupones
de la cartilla del racionamiento,
la blanca casa enjalbegada de fatigas,
papá prefacio Novecento
con la chaqueta al hombro y una tomiza en la cintura
... la cosendera interminable...

...y de repente, usurpando la extensión del corral,
¡una alberca que parece una piscina!
en donde ríen sin tasa y chapotean de gusto
los más menudos, los arrolladores,